

El plan original de Dios

LLa historia del pueblo de Dios comienza con la creación del mundo y de los seres humanos. El libro de Génesis declara que al final del sexto día de la creación, Dios vio «todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera» (Génesis 1:31). La armonía completa reinaba entre la naturaleza y los seres humanos, según Dios lo había diseñado. Su propósito original en la creación incluía la coexistencia armoniosa de todas las formas de vida, por lo que hizo a un mundo hermoso para el disfrute de la familia humana. Todo era perfecto. El mundo original mostraba una plena armonía, unidad y amor.

Cualquier intento por comprender la naturaleza de la unidad en la iglesia comienza con una conciencia de aquel plan original de Dios en la creación, así como de la deplorable caída y la necesidad de una restauración. Los primeros capítulos de la Biblia muestran que Dios deseaba que los seres humanos se mantuvieran unidos como una sola familia. Lamentablemente, también se registran las raíces de la desunión y la división. El pecado descarriló el plan ideal de Dios, mientras que el plan de salvación procura restaurarlo. El objetivo final del amor divino es esa restauración de la unidad de todo el pueblo de Dios.

Una familia a la imagen de Dios

El libro de Génesis dice que Dios creó a los seres humanos a su imagen: «Entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza [...]". Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:26-27).

Aunque los teólogos han debatido durante siglos la naturaleza exacta de dicha imagen, así como el tema de la naturaleza de Dios, muchos pasajes de la Escritura presentan la naturaleza de Dios como amorosa y misericordiosa (1 Juan 4:7-8; Éxodo 34:6), características que únicamente se pueden expresar completamente en una relación con los demás. Nuestro Creador es claramente un Dios de relaciones.

Durante la semana de la creación, Dios estableció dos instituciones que revelan el deseo original de que hubiera unidad en la familia humana; ambas centradas en las relaciones humanas. Cuando Adán y Eva se unieron para formar la primera familia, su unión tenía un propósito claro: convertirse en una sola carne. La palabra hebrea en esta expresión se usa también en otro lugar para referirse a la naturaleza de Dios (Deuteronomio 6:4), y subraya la unidad vinculada a dicha relación.

El propósito original de Dios también se refleja en la institución del sábado como día de descanso. Desde el principio, el sábado fue establecido para toda la raza humana (Marcos 2:27-28). Seiscientos años antes de Jesús, el profeta Isaías destacó la universalidad del sábado y sus beneficios para los extranjeros y eunucos, personas que en aquel momento estaban excluidas de Israel (Isaías 56:1-12). Sin embargo, el sábado y su observancia estaban enfocados en algo adicional, además del pueblo de Israel. Era un día de descanso diseñado para recordar a los descendientes de Adán y Eva su vínculo común con Dios y con los demás. La unidad familiar, también instituida en el Edén, vinculó para siempre al sábado con la familia y con las relaciones interpersonales. El compañerismo sabático, más que en cualquier otro día, es un anticipo de la vida que Dios deseó que hubiera en toda la creación. Es un anticipo de la tierra nueva (Isaías 65:17, 21-25; 66:22-23).

Las consecuencias de la caída

Sin embargo, el hermoso mundo que Dios creó con tanto esmero fue manchado por el pecado y por las nefastas consecuencias de la caída. La desobediencia de Adán y Eva fracturó la interdependencia armoniosa entre todas las formas de vida y sumió a los seres humanos en la

desunión, la discordia y la división. El primer día de su transgresión se culparon mutuamente por lo sucedido e indirectamente culparon a Dios (Génesis 3:12-13).

Con el tiempo, aquella desobediencia devino en un trágico curso de acontecimientos que afectaron a toda la creación de Dios. El mundo natural comenzó a sufrir y las relaciones humanas pronto siguieron el mismo derrotero. Caín y Abel, dos hermanos que deberían haberse amado y protegido el uno al otro, riñeron porque uno deseaba seguir sus propias inclinaciones egoístas en lugar de practicar la forma de adoración prescrita por Dios. Ese distanciamiento resultó en violencia y muerte. La reacción de Caín, sin embargo, fue mayormente en contra de Dios, no contra su hermano. Se sintió enojado con Dios (Génesis 4:5), y eso provocó un resentimiento en contra de Abel.

Después de unas pocas generaciones, la vida degeneró en un continuo conflicto, violencia y desgracias. La situación se salió tanto de control que Dios se arrepintió de haber creado a los seres humanos y decidió destruirlos antes de que todo empeorara. «Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo el mal; y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón» (Génesis 6:5-6). Las consecuencias de la caída degradaron progresivamente toda la creación de Dios. Por su misericordia y justicia no tuvo más remedio que destruir a los antediluvianos, salvando un remanente para que el plan de salvación pudiera implementarse en favor de toda la raza humana.

Después del diluvio, Dios designó a Noé como una especie de segundo Adán y le dio a él y a su familia una promesa. El arcoíris sería siempre un recordatorio de su protección y promesas, de su bondad y misericordia (Génesis 9:12-17; Isaías 54:7-10). Dios hizo un pacto con Noé y por medio de dicho pacto procuró contar con una familia humana unida y fiel.

Después del diluvio, el plan rápidamente se malogró con la construcción de la Torre de Babel. Los descendientes de Noé que se establecieron en la región de Sinar (Génesis 11:2), en el sur de lo que hoy es

Irak, pronto olvidaron al Dios de Noé y las promesas que él había hecho de nunca más destruir el mundo mediante una inundación. La construcción de la Torre de Babel fue un monumento a sus destacadas sabiduría y habilidades. Su deseo de «hacerse de un nombre» (Génesis 11:4), asegurar la independencia de Dios y satisfacer su autosuficiencia fueron los principales motivos para aquel proyecto de construcción. También fue un intento de escapar a otro posible diluvio y reveló su suprema desconfianza de la promesa de Dios, de nunca más destruir la tierra mediante el agua (Génesis 9:8-17).

La respuesta de Dios a aquel acto desafiante fue interrumpir la comunicación entre ellos. Hasta aquel punto, los seres humanos hablaban un mismo idioma y compartían una misma cultura, pero la torre de los rebeldes hizo que Dios confundiera los idiomas y desencadenara una dispersión. El juego de palabras en el hebreo, utilizado en esta narración es interesante: Dios confunde (*balal*) su idioma al construir la Torre de Babel (*babel*) (Génesis 11:9). La caída de Adán y Eva dio inicio a la triste cadena de la desunión humana. Asimismo, los sucesos posteriores al diluvio erosionaron aún más la unidad de la raza humana y el plan original de Dios. La Torre de Babel y la posterior confusión de idiomas resultó en numerosos grupos de personas que han estado en desacuerdo, si no en guerra, desde entonces.

Afortunadamente, el plan de salvación no se frustró. Dios mantuvo un remanente fiel y luego de la confusión y división que se produjo después de la Torre de Babel, él encontró a alguien, una persona que había guardado la verdadera fe y por medio de quien se podría restaurar el pacto y preparar el camino para el Mesías y para la reunificación de la familia humana. La transición de la confusión en Babel (Babilonia) al llamado de Abraham es importante: Abraham es llamado a salir de Ur, una destacada ciudad en la tierra de Sinar. Dios desaprueba directamente la cultura de donde provenía Abraham y decide comenzar de nuevo en la tierra de Canaán (Génesis 11:28-12: 6).

Abraham, el padre del pueblo de Dios

Las tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, consideran a Abraham como su padre. Él se encuentra en la posición única de ser el padre de todos los creyentes en esas tres tradiciones. Para los cristianos, dicha asociación es de índole espiritual. Cuando a Abraham se le pidió que abandonara su país en Mesopotamia, se le dijo también que en él serían «benditas todas las familias de la tierra» (Génesis 12:3; 18:18; 22:18; 26:4; 28:14). Aunque Dios inicialmente escogió a Abraham y a su familia, su objetivo final era alcanzar a toda la raza humana. De allí que se considere a Abraham como el padre del pueblo de Dios y su confianza en Dios se encuentra en el centro de su historia. La continuidad del pacto de Dios con los seres humanos dependió de esa relación de fe. Dios obra a través de personas para restaurar la unidad y comunicar su voluntad a los descarriados seres humanos.

Hebreos 11:8-19 presenta tres elementos importantes de la fe de Abraham, rasgos que son clave para lograr la unidad en el pueblo de Dios. El primer elemento es la obediencia a la voluntad de Dios. «Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba» (Hebreos 11:8). Un segundo elemento es la confianza en las promesas de Dios. «Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, habitando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (versículos 9, 10).

El tercer y último elemento es la confianza en el plan de salvación de Dios. La prueba definitiva para la fe de Abraham surgió cuando Dios le pidió que sacrificara a Isaac en el Monte Moria (Génesis 22:1-19; Hebreos 11:17-19). Abraham cumplió con la petición de sacrificar a su hijo a pesar de sus sentimientos encontrados, y tal vez incluso en contra de su buen juicio, confiando en las promesas de Dios. Es por eso que el Antiguo Testamento describe a Abraham como un amigo de Dios (2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8) y dice que su fe lo justificó (Romanos 4:1-

3). Esa fe y confianza también contribuyeron a establecer una notable relación entre Dios y Abraham. «El dolor y la agonía que sintió Abraham ante la perspectiva de sacrificar a Isaac, de alguna pequeña manera nos ayuda a entender el sufrimiento del Padre cuando ofreció a su Hijo por todos nosotros». ¹ Su vida de fe, su obediencia inquebrantable y su confianza en las promesas de Dios sirven de ejemplo para la iglesia de hoy. La unidad cristiana sigue siendo posible siempre y cuando se base en las realidades gemelas de un Dios fiel y de una vida fiel.

El pueblo escogido de Dios

Al llamar a Abraham para que fuera su siervo y padre de una vasta nación Dios también escogió a sus descendientes para que lo representaran ante el mundo. Fue una elección y un llamado producto del amor y de la gracia de Dios. En su revisión de las bendiciones de Dios para Israel, al final de su estancia en el desierto, Moisés le recordó a Israel ese llamado:

«Porque tú eres pueblo santo para Jehová, tu Dios; Jehová, tu Dios, te ha escogido para que le seas un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto» (Deuteronomio 7:6-8).

El amor de Dios por los seres humanos se encuentra en el centro de la elección de Israel como pueblo de Dios. Él hizo un pacto con Abraham y con su posteridad para preservar el conocimiento de Dios y lograr la redención de la raza humana (Salmo 67:2). Sin embargo, fue un acto supremo de amor lo que lo llevó a elegir a Abraham y a los israelitas. Los herederos de ese llamado, tanto literal como espiritual, no tienen nada de qué jactarse excepto del amor inmerecido de Dios.

En una extraña inversión de valores, Dios rechaza la sabiduría humana convencional cuando selecciona a su pueblo. Mientras que los seres humanos valoran la sabiduría, el poder y la confianza en sí mis-

mos al elegir a sus dirigentes, Dios pasa por alto a los fuertes y poderosos, eligiendo a aquellos que reconocen su debilidad, su locura y su poco valor, dejando en claro que no hay espacio para jactarse en la presencia de Dios (1 Corintios 1:26-31).

En Hebreos 11, los fieles desde Abel a Abraham obtuvieron la aprobación de Dios. Son dignos ejemplos del principio que demuestra que la fe en Dios es el factor decisivo en toda vida piadosa. Por la fe, vieron la promesa de una tierra nueva desde lejos. Vivieron para el cumplimiento de esa promesa y enfocaron sus vidas en su herencia eterna. Aunque estaban en el mundo y estaban sujetos a la tentación y el engaño, su esperanza era firme y su peregrinación no se dejaba intimidar por la naturaleza transitoria de la vida presente. Desde lejos, vieron la nueva herencia y vivieron con la esperanza de una vida mejor y de un hogar más permanente.

Las vidas de estos héroes de la fe son ejemplos para los cristianos modernos. «Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12:1-2).

El plan original de Dios en la creación requería una familia humana unida y armoniosa. La desobediencia de Adán y Eva interrumpió aquel plan, pero en Abraham se estableció un pueblo a través del cual pudo mantenerse viva la promesa de la restauración. Hoy, no menos que antaño, la unidad continúa siendo un elemento esencial del plan de salvación de Dios en Cristo.

Referencias:

- ¹ H. M. Wolf, «Abraham», *Evangelical Dictionary of Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1984), p. 7.